



Lady Montagu: una inglesa en el serrallo

ADELA MUÑOZ PÁEZ

Aunque el descubrimiento del proceso de vacunación contra la viruela suele atribuirse a Edward Jenner en 1796, muchos años antes una intrépida *lady* británica ya lo había descubierto e introducido en la corte inglesa de principios del siglo XVIII.

Por su nacimiento en el seno de una familia de la alta aristocracia inglesa en 1689, Mary Pierrepont, hija mayor del *lord* Kingston, estaba destinada a llevar una vida dividida entre las fiestas de sociedad en Londres durante el otoño y el invierno, y las estancias en el campo durante el verano. Sin embargo, nunca estuvo en su ánimo hacer lo que se esperaba de ella. Desde muy pequeña tuvo una gran curiosidad y, no disponiendo de profesores que la instruyeran, se formó por su cuenta devorando todos los libros que había en la biblioteca paterna, dominando el latín y el francés con sólo trece años. Llegado el momento, no se avino a casarse con el marido que sus padres le eligieron, sino que se escapó con el pretendiente elegido por ella, John Montagu, causando el consiguiente escándalo. John fue nombrado en 1716 embajador en Constantinopla (la actual Estambul), y Mary no sólo no se quedó en Londres a esperar que le concedieran un destino más civilizado, sino que decidió disfrutar de lo que sería la gran aventura de su vida. Aunque su estancia en Turquía no fue muy prolongada, escasamente tres años, Mary aprovechó para aprender el idioma, visitar el harén del sultán y perderse en el zoco vestida a la turca.

En aquella época, la viruela era una enfermedad que causaba estragos en Inglaterra. En el mundo, sólo en el siglo XVIII, mató a más de sesenta millones de personas. El único hermano de *lady* Mary fue víctima de la dolencia, y a ella le dejó marcas en la cara. Sin embargo, en Constantinopla la viruela sólo existía de forma benigna. Intrigada por este fenómeno, *lady* Montagu averiguó que algunas mujeres inoculaban a los niños con un destilado procedente de las pústulas de las personas enfermas, que previamente habían dejado secar al sol. Tras observar el procedimiento y los resultados, la aristócrata inglesa hizo inocular a sus propios hijos.

CUANDO PARECÍA QUE
LA VIRUELA IBA A SER
DESTERRADA DE GRAN
BRETAÑA, LA IGLESIA
ANGLICANA DECLARÓ
LA INOCULACIÓN COMO
“HEREJÍA MUSULMANA”

Pero no se contentó con ello, sino que decidió que tenía que difundir estos beneficios en la sociedad inglesa para librarla de la plaga. Para ello reunió información que ponía de manifiesto el éxito del proceso y, a su regreso, lo puso en conocimiento de la familia real inglesa. En una primera fase decidieron probarlo en varios condenados a muerte a los que le conmutaron la pena por dejarse inocular y luego lo probaron en un gru-

po de niños del hospicio. Ni los niños ni los reos enfermaron. Más bien al contrario, se hicieron inmunes. Tras estos experimentos, la Princesa de Gales hizo inocular a sus propios hijos, tras ellos se vacunó toda la alta sociedad inglesa y, a continuación, el pueblo llano.

Pero, cuando parecía que la viruela iba a ser desterrada de Gran Bretaña, la iglesia anglicana declaró la práctica de la inoculación como “herejía musulmana”. Y a estas críticas se sumaron las de los médicos, que desde el principio no habían visto con buenos ojos que una *lady* sin formación en medicina los dejara sin pacientes de viruela. La inoculación fue prohibida y la viruela siguió cobrándose víctimas durante setenta años más.

Lady Mary siguió siendo un personaje célebre en la sociedad inglesa. Tenía múltiples admiradores, algunos de los cuales, como el poeta Alexander Pope, transformaron su admiración en odio feroz al ser rechazados por esta cautivadora mujer. Tras haber casado a su hija con *lord Bute*, que llegaría a ser ministro del rey Jorge III, *lady Mary* acabó por dejar a su marido cuando se enamoró de Francesco Algarotti, poeta veneciano, crítico de arte y escritor de temas científicos, yéndose a Italia con él. Aunque ella tenía 50 años y él 24 menos, no fue la diferencia de edad la causa del fracaso de su relación, sino el hecho de que Algarotti prefiriera a los nobles varones, ya fueran ingleses, franceses o alemanes, llegando a conquistar al mismísimo príncipe



heredero Federico el Grande, que lo llamó a su lado cuando fue coronado emperador. Finalmente, *lady Mary* decidió quedarse en Italia, desde donde viajó a Francia y siguió manteniendo una amplia correspondencia con su hija, su marido y otros miembros de la aristocracia inglesa. Regresó a Inglaterra poco antes de morir, en 1762.

Actualmente, es reconocida como escritora de libros de viajes y descubridora del encanto de Oriente. Su obra inspiró al pintor Ingres su cuadro *El baño turco*. Una parte sustancial de sus misivas fue publicada poco después de su muerte, en contra de los deseos de *lady Bute*, con el nombre de *Cartas desde la embajada turca*, alcanzando el éxito literario del que nunca disfrutó la autora en vida. Para impedir la publicación del diario personal de su madre, que podía contener pasajes inconvenientes sobre sus relaciones con varios caballeros, *lady Bute* lo quemó poco antes de su propia muerte, en el año 1794, privándonos así de un documento excepcional: la descripción de la sociedad europea y turca de mediados del siglo XVIII vista por una persona inteligente, curiosa y carente de prejuicios. ■

.....
Adela Muñoz Páez es catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla. Desde noviembre de 2008 tiene la página web hypatia.es, que recoge información sobre mujeres científicas de todos los tiempos, tema sobre el que da cursos y charlas y publica artículos de divulgación.